

Una encrucijada entre lo científico y lo
narrativo: nuevas perspectivas para los
estudios histórico militares

Ángelo Castro González

Magíster en Historia UC



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

UNA ENCRUCIJADA ENTRE LO
CIENTIFICO Y LO NARRATIVO:
NUEVAS PERSPECTIVAS PARA LOS
ESTUDIOS HISTÓRICO MILITARES

Por

Ángelo Castro González*

* Licenciado en Historia y Magíster en Historia por la Universidad de Concepción (UdeC); Profesor en Historia, Geografía y Ciencias Sociales por la Universidad Andrés Bello (UNAB).

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

RESUMEN

El presente artículo tiene como finalidad hacer un recorrido historiográfico por una de las ramas más antiguas del quehacer de la disciplina histórica: la Historia Militar, sus orígenes, fundamentos, perspectivas y proyecciones futuras. Enfocándonos en la necesidad de primar el elemento narrativo y literario, con su subsecuente proyección en las fuentes y análisis de las mismas, por sobre el carácter científico de la misma, rechazando la posibilidad de deducir leyes o normativas de carácter general aplicables a nuestro objeto de estudio (guerra, batallas, campañas y la misma historia), tal como se hacía en el enfoque tradicional decimonónico.

Palabras Claves: Historia Militar, Historiografía, Historia de la Guerra, Historia de las Batallas, Perspectivas historiográficas.

INTRODUCCIÓN

Negar los cambios en la escritura, el pensamiento y las formas de hacer la historia sería como negar el cambio en su objeto de estudio. Como toda ciencia o disciplina, la escritura de la historia ha cambiado, sus fundamentos epistémicos han sido replanteados y, guste a quien guste, la historia que los historiadores practican hoy en día dista de ser la misma que sus homólogos del siglo XIX cultivaban. Ya en la década de 1970 quedó de manifiesto una práctica que era común para muchos, pero muy infravalorada por sus practicantes; de hecho, ya en 1973 Hayden White lo dejó más que claro: “Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos, y cuyas formas tienen más en común con sus análogas en la literatura que con sus formas análogas en las ciencias”¹.

Sin embargo, la historia no siempre fue así. Si bien desde un comienzo se mostró interesada por “la composición de una narrativa en prosa elegante y vívida”², como diría L. Stone, como el más grande de sus objetivos; posteriormente, ello no bastó para satisfacer la necesidad de aquellos que deseaban encontrar en la historia una vía para alcanzar la “verdad”. Por su parte, gracias al marxismo con su historia económica; a *Annales* con su rechazo a *l'histoire événementielle* y su predilección por el modelo ecológico demográfico; y, finalmente, la metodología cliométrica norteamericana, la historia fijó su atención en las sociedades más que en los individuos notables, confiando en que “podía llevarse a cabo una ‘historia científica’ que con el tiempo produjera leyes generalizadas para explicar las transformaciones históricas”³.

Estimaban que, a través de sus propios métodos, podían ser capaces de establecer las causas y consecuencias de determinados hechos, relegando toda forma de hacer historia que no se ajustase a sus propias pautas. Así, e invocando a Ciro Cardoso, “¿es la historia una ciencia? [...] En el plano de lo normativo, nuestra respuesta es un sí rotundo. [...] Ya en el plano de lo empírico [...] contestaríamos que lo es cada vez más”⁴. Ello llevó a pensar a muchos historiadores que con el paso del tiempo la historia había mostrado un claro avance hacia su cientificidad, aunque claro, siempre, y como todo proceso histórico, con sus avances y retrocesos. Aquello no anulaba, sostenían, que la historia aún

¹ AURELL, Jaume, “Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia”, en *Anuario filosófico*, Vol. 39, n°87, 2006, p. 627.

² STONE, Lawrence, *El Pasado y El Presente*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 95.

³ *Ibidem*, p. 97.

⁴ CARDOSO, Ciro, *Introducción al Trabajo de la Investigación Histórica. Conocimiento, Método e Historia*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 129-130.

presentaba cierto retraso respecto a las ciencias de la naturaleza y que, en el futuro, se pudieran identificar obstáculos en la construcción de la historia como ciencia. Este fue el pensamiento de muchos historiadores, quienes vieron en esta humilde disciplina la capacidad de establecer leyes y aplicarlas para finalmente pasar a ser un conocimiento predictivo.

“Rígida” es la palabra que mejor describía a este tipo de producción historiográfica, incapaz de dar respuesta a preguntas que la pluma de los nuevos historiadores de la década de 1970 formulaban: cultura, mentalidades, ideas, símbolos, experiencias y representaciones, todo aquello que la historia masiva, cercana a los métodos experimentales y a los grandes relatos, no podía dar respuesta. El resurgimiento de la narrativa se mostró como una tentativa para tal problemática y, como diría L. Stone, un resurgimiento en que los “historiadores se lanzaron a la construcción de obras históricas rompiendo la tradición de las grandes monografías estructuralistas y marxistas apostando por la narración”⁵. También se prestó una mayor atención a los campos fronterizos de la historia con la crítica literaria y la neohermenéutica. Incluso llegó a existir un fructuoso vínculo con las teorías posmodernas, asociadas al giro lingüístico, el giro cultural, el estructuralismo y el deconstruccionismo. No obstante, hubo un campo de la historia que sintió toda la fuerza del embate.

No es secreto para nadie que la Historia Militar ha permanecido un tanto oscuro en comparación con sus hermanas de “mayor importancia”, pues desde un comienzo se planteó, al igual que la Historia con mayúscula, la labor de dejar memoria de las hazañas de los grandes hombres, quienes, con sus espadas o voz de mando, se encargaron de inscribir en el curso de la evolución humana las acciones de armas, los hechos más notables por su trascendencia, la que muchas veces se encargó de realzar los valores patrióticos o el más bajo de los nacionalismos. Por ello no era de extrañar que se le asociase a la literatura, como aquella que escribían oficiales y generales en sus tiempos libres, la que no contaba con el rigor propio de la disciplina histórica.

Esta tendencia literaria iba de la mano con la finalidad de establecer máximas para la conducción de las tropas o de una campaña en el futuro; y si bien lograron coexistir a lo largo de casi dos milenios y medio, fue en el siglo XIX cuando el escenario cambió. La Historia Militar, consciente de su debilidad, se mostró altamente receptiva en aceptar los postulados de las ciencias, viéndose a sí misma capaz de establecer las causas

⁵ AURELL, Jaume, “Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia”, pp. 627-628.

determinantes de ciertas campañas, batallas o guerras; incluso, a la luz de la historia política, se sintió a la altura de ir mucho más allá de los aspectos meramente materiales o las simples historias de las “batallitas”, centrándose en los aspectos morales, espirituales, estratégicos y tácticos. De tal manera que el avance de este tipo de historia encaminada a la idea de proporcionar doctrinas para las campañas futuras a partir del pasado, fue proporcional en la medida que se deshacía de su antiguo lastre literario. Empero ¿Acaso sería posible que la Historia Militar pudiera establecer pautas para el futuro cuando su mismo objeto de estudio roza el azar y la irracionalidad? ¿Acaso no es la vertiente literaria la mejor estrategia para enfrentar los nebulosos tiempos que se vienen para la Historia y la Historia Militar?

Así pues, a través de la presente investigación se espera analizar la conflictividad surgida a partir del encuentro de la narratividad subyacente en la Historia Militar desde sus inicios, con la pretensión científicista de establecer guías y doctrinas para las operaciones militares presentes y futuras, a partir del estudio de los hechos del pasado.

Por ello, y como lineamiento hipotético, se considerará que la Historia Militar, desde sus inicios, ha estado en una constante contienda entre las dos tendencias imperantes: la literaria narrativa que ha procurado dejar memoria y enaltecer ciertos hechos de armas, y la tendencia más científica, la cual ha establecido como su punto fuerte el deducir pautas o doctrinas desde los hechos del pasado, para ser utilizadas en las campañas del presente y del futuro. Sin embargo, por su complejo tema de estudio, el escenario de aplicación y la actual tendencia hacia la narratividad, la Historia Militar ha dejado de lado sus pretensiones de instaurar doctrinas, inclinándose más por el establecer “guías” o lecciones útiles de un carácter general, ambiguo y, por lo demás, limitado.

Para realizar tal tarea, se han revisado los postulados de algunos de los más importantes maestros de la Historia Militar vistos desde la perspectiva de los postulados de Hayden White con su obra *Metahistoria*: desde su estrecha relación con el mito en una época temprana, pasando por una evolución más científica de la mano de Heródoto y Tucídides; para, más tarde, llegar al elemento épico que caracterizó a este tipo de Historia en la Edad Media; y, finalmente, recorrer las pretensiones científicistas de los historiadores y generales, de intentar extraer lecciones útiles del pasado, realizando generalizaciones y desvinculando a la Historia Militar del elemento literario que antes la había caracterizado. Luego de ello, se ha analizado la imposibilidad de establecer máximas en la Historia Militar de acuerdo con los postulados de J. Lewis Gaddis,

plasmados en *El Paisaje de la Historia*; y cómo una *Nueva Historia Militar*, más ligada a lo narrativo, ha sido capaz de solventar tales obstáculos.

I. ENTRE LA PLUMA Y LA ESPADA

Si bien es menester exponer el carácter narrativo de la Historia Militar, y cómo éste entra de lleno en un conflicto con la pretensión de “cientificidad”, y de establecer pautas o doctrinas para las operaciones militares del futuro, también es urgente aclarar lo que se entenderá por ella, su objeto de estudio y sus limitaciones al tratarlo.

En general, las sociedades, desde los primeros tiempos, han cooperado y dialogado para solucionar sus problemas, y aunque la mayoría de las culturas han optado por esta base solidaria para afrontar el encuentro con sus homólogas, la guerra ha sido un factor vital, algo, como diría T. Hobbes, inherente a la naturaleza del hombre y las estructuras que éste ha creado⁶. Incluso cuando los primeros enfrentamientos entre los habitantes primigenios del planeta se hayan dado por una presa o un determinado territorio, limitar la guerra, o su estudio a ello, sería erróneo. “El concepto de Guerra es polisémico, pero hay un consenso en considerar que una guerra es [...] una interacción violenta entre humanos, instrumentos, máquinas, espacios y recursos”⁷. Posteriormente el proceso se fue impregnando por el elemento ideológico, con ritos asociados a la cultura de las sociedades a las que pertenece; y, con posteridad y por su continua práctica, se han impuesto reglas o convenciones para quienes, en el futuro cercano, se vieron en la nefasta necesidad de llevar a cabo esta práctica ancestral.

Tal ha sido el impacto de dicha práctica que, junto a la paz como tiempo de preparación para el futuro, ha tenido una importancia indudable para los militares profesionales, “ejerciendo influencia notable en su vida, de forma que, con mayor o menor intensidad, siempre ha estado y estará presente en su pensamiento”⁸. Dicho pensamiento encontró un soporte en el género literario. De tal manera que, al igual que la guerra, la narración ha constituido una práctica casi eterna en la historia y del quehacer de la historia, pues los historiadores, les guste o no, siempre han contado relatos, desde

⁶ HERNÁNDEZ CARDONA, Frances Xavier y RUBIO CAMPILLO, Xavier, *Breve Historia de la Guerra Antigua y Medieval*, Madrid, Nowtilus, 2010, p. 13.

⁷ HERNÁNDEZ CARDONA, Frances Xavier y RUBIO CAMPILLO, Xavier, *Breve Historia de la Guerra Antigua y Medieval*, p. 11.

⁸ PINTO CEBRIÁN, Fernando, “Ejército e Historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica”, *Tesis para optar al grado de doctor por la Universidad de Valladolid*, Universidad de Valladolid, 2011, p. 185.

los antiguos maestros hasta los modernos. Y, como lo sostenía Aurell: “Todos ellos buscaban exponer los resultados de sus investigaciones [y experiencias] en una prosa elegante y vívida”⁹.

Esta primera expresión militar encontró un fuerte aliado en el mito, tal como lo demuestra una de las primeras producciones enfocadas al plano de lo militar: *La Epopeya de Gilgamesh*. Los más tempranos registros sumerios desde la antigua Mesopotamia incluían una gran riqueza de mitos y leyendas, los cuales honraban a sus dioses y héroes, siendo uno de ellas el encargado de relatar las hazañas del rey de Uruk, Gilgamesh. Además de representar el grado de sofisticación militar alcanzado en el arte de la guerra y la tecnología hacia el 2500 a. C., la obra está inundada por un fuerte carácter literario. El poema narra las vicisitudes del monarca, el cual busca la deseada inmortalidad en un contexto narrativo sombrío, caracterizado por la soledad, el miedo y la muerte, en el momento en que el protagonista parte en una empresa con el fin de obtener la gloria y la vida eterna, logrando solo la resignación al aceptar que tal don solo pertenece a los dioses. Así:

¡Oh Gilgamesh! ¿Por qué vagas de un lugar a otro?
*La vida que persigues no alcanzarás*¹⁰.

La trama por tragedia que envolvía al rey de Uruk destacaba por sobre los hechos de armas. Sin embargo, el mito y la guerra siguieron imperando en la historiografía grecorromana, pues “en este tipo de historia estaba presente fuertemente la guerra y lo militar, ya sea a través de los dioses o los mitos”¹¹. Ello lo vemos, como dice Collingwood, en las obras de Homero, *La Ilíada* y *La Odisea*, las cuales no son investigaciones, sino mitos, pues los dioses intervienen en las acciones de armas de los hombres, de un modo que no difería en demasía a lo que podemos observar en el Cercano Oriente¹². La mitología y lo militar han ido de la mano hasta nuestros días, y los nombres de los dioses y de sus leyendas siguen vivos, repitiéndose una y otra vez en la historiografía; sin embargo, aquellos relatos plagados de la intervención divina y sin fecha

⁹ AURELL, Jaume “Los efectos del Giro Lingüístico en la Historiografía Reciente”, RILCE, Vol. 20, n°1, 2004, p. 9

¹⁰ CASANUEVA, Gloria y SOTO, Hernán (Trad.), *La Epopeya de Gilgamesh*, Ciudad de México, LOM Ediciones, 2012, p. 72.

¹¹ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la Historia Militar*, Santiago, Academia de Historia Militar, 2015, p. 21.

¹² COLLINGWOOD, Robin George, *Idea de la Historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 29.

comenzaron a hacerse mucho más rigurosos, ya sea por los testimonios de los testigos como por las huellas que encontraron, y que siguieron para explicarse los hechos de ayer, y que aún resuenan en el presente. Así, entre los años 600 a. C. y el 400 a. C. hay una mayor seriedad en las obras históricas, y es precisamente en esta última fecha cuando aparecieron relatos que hasta el día de hoy perduran y dan testimonio de la brillantez militar de la Hélade.

Si bien las historias de Heródoto y Tucídides no fueron en realidad historias militares conscientes, inevitablemente trataron acerca de la guerra y sus nefastas consecuencias para el hombre que en ella se vio envuelto. *Los Nueve Libros de la Historia* de Heródoto (c. 430 a. C.) ya no es mero mito, sino propiamente investigación; no obstante, dio a sus personajes una forma dramática, poniendo en sus bocas palabras que nunca pronunciaron, “pero haciendo más amena su obra y acercándola bastante a la epopeya, como una composición narrativa”¹³. Ello lo vemos en la presentación de su obra:

La publicación que Heródoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros¹⁴.

El valor histórico de la obra de Heródoto es innegable, al igual que sus aportes a los estudios militares, similar a lo que ocurre con su valor literario. Desde su prosa sencilla y fluida, hasta su capacidad de, como sostiene Víctor de Lama de la Cruz, “adaptar perfectamente el tono narrativo al asunto que le ocupa; así le vemos ser sencillo y ameno en pasajes pintorescos, divertido e irónico cuando quiere satirizar algo y también grandioso y patético en los momentos cruciales del enfrentamiento entre griegos y bárbaros”¹⁵. Sus *Historias* tienen aspectos en común con los poemas épicos, especialmente con la tragedia, en la idea central de que la soberbia de los hombres es castigada por los dioses; de hecho, White, distinguía a la épica como un modo de tramar¹⁶. De esta manera, la historiografía daba un paso fundamental, ya que no se trataba solo de repetir leyendas y mitos del pasado con el fin de entretener a una audiencia ávida de ser alimentada con las tragedias de héroes de antaño. Pero, por solo el hecho de probar lo que

¹³ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la historia Militar*, p. 27.

¹⁴ HERÓDOTO: *Los Nueve Libros de la Historia*, Puerto Rico, Biblioteca Edaf, 1989, Puerto Rico, p. 40.

¹⁵ HERÓDOTO: *Los Nueve Libros de la Historia*, p. 27.

¹⁶ WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1992 p. 18.

se relataba, no necesariamente impedía el uso de los tópicos literarios, pues, como diría T. Kuhn, algo quedaba del paradigma anterior.

Por su parte, en la obra *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides (c. 460 a. C. – 396 a. C.), el asunto no es tan claro, puesto que desde un comienzo es mucho más formal que Heródoto, aunque deja correr su imaginación y su prosa al momento de elaborar los discursos, ya que “confiesa la imperfección de sus informes en este punto y la necesidad en que se ve de hacer hablar a los personajes conforme a la situación en que se encontraban”¹⁷. De tal manera que muestra aquellas arengas como ideas y sentimientos propios para establecer las causas de acontecimientos y políticas de su tiempo. “El objeto principal de Tucídides al redactar estas arengas es siempre mostrar los sentimientos que han motivado la manera de obrar de los personajes, poniendo en su boca el fundamento, la justificación o la excusa de sus actos”¹⁸. Así, incluso cuando el objetivo de su obra era de instruir a los hombres de Estado y de armas, ello quedó solo en la intención, pues no dedujo lecciones prácticas para el militar o el gobernante. Incluso cuando descarta elementos como la poesía, la religión y el mito, la obra del ateniense está cargada del elemento literario.

Esta intencionalidad de extraer máximas del pasado hacia el futuro la podemos ver con una mayor claridad en las *Historias de Polibio de Megalópolis* (145 a. C.) y con su *Historia Universal*, con la que esperaba educar a los hombres políticos del futuro, porque, según su creencia, no habría mejor manera de evitar los errores que conocer las acciones del pasado. Él mismo lo aclara:

En esta obra será posible conocer más exactamente la forma gradual en que fue alcanzado este poderío [de los romanos] y, de la misma manera, se comprenderá cuánta y cuál es la utilidad que aporta la historia pragmática a quienes tienen deseos de saber¹⁹.

Pese a querer extraer máximas para los hombres de gobierno, y por ende para los de guerra, y a pesar de no ser muy buen narrador, se sirve de metáforas, del hipérbaton y las comparaciones para narrar las cosas memorables y notables de la conquista del mundo por Roma. Contrario a lo que haría Tito Livio, el cual en su *Ad Urbe Condita* (27 a. C. - 25 a. C.), además de repetir la tradición tal como viene, trata “de un elogio al pasado

¹⁷ TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986, p. 22.

¹⁸ TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, p. 22.

¹⁹ POLIBIO: *Las Historias de Polibio de Megalópolis*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1970, p. 31.

esplendoroso de Roma y de resaltar los héroes que contribuyeron a crear la nación más poderosa de la tierra”²⁰. Así, como nos dice Collingwood, “escribe como si la excelencia de su libro dependiera exclusivamente de sus cualidades literarias, y en verdad todos sus lectores están de acuerdo en que esas cualidades son muy altas”²¹. Similar a lo que ocurre con los *Anales* de Tácito y el *Epitomae Rei Militaris* de Vegetio (390 d. C.), siendo este último el mayor teórico militar de la Antigüedad al tratar temas como la estrategia, la táctica, la organización militar romana y su férrea defensa de la infantería.

Fue una tradición que continuó hasta el fin de la Antigüedad, pues ello lo atestigua un autor tan tardío como Procopio de Cesárea (s. VI d. C.):

Procopio de Cesárea puso por escrito las guerras que Justiniano, el emperador de los romanos llevó a cabo [...] Y es justo el recuerdo de tales hechos lo que consideró que sería importante y sumamente provechoso para los hombres hoy y para los del futuro, por si acaso el tiempo los pusiera de nuevo en un trance similar. Pues a los que vayan a entrar en guerra o se dispongan a combatir en cualquier otra circunstancia algún beneficio puede depararles la exposición de un episodio histórico parecido, que les revele cuál vino a ser para anteriores generaciones el resultado de una contienda semejante y les haga adivinar [...] qué final probable tendrán los incidentes que ellos estén viviendo²².

Sin embargo, en el mismo pasaje, aclara que “recogiendo cómo vinieron a desarrollarse los acontecimientos en cada una de ellas, para que el largo curso de los siglos no reduzca a la nada los hechos sobresalientes, por estar faltos de un relato, no los abandone al olvido, ni los deje desvanecerse del todo”²³. Esto último refleja la tendencia imperante de los historiadores clásicos de hablar a sus conciudadanos con el fin de salvar del olvido un conjunto de hechos que consideran no solo dignos de mención, sino también de rememoración, pues ¿quién podría olvidar los hechos de las guerras contra los “bárbaros”? ¿o aquella guerra que terminó con la debacle de Atenas? En este sentido, el relator o historiador, tal como el poeta épico, al actualizar el recuerdo pone de manifiesto la conexión entre *cilétheia* (verdad) y *aléthos* (negación del olvido); dicho de otra manera,

²⁰ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la historia Militar*, p. 31.

²¹ COLLINGWOOD, Robin George, *Idea de la Historia*, p. 51.

²² PROCOPIO DE CESAREA, *Historia de las Guerras. Libros I-II. Guerra Persa*, Madrid, Editorial Gredos, 2000, p. 8

²³ PROCOPIO DE CESAREA, *Historia de las Guerras. Libros I-II. Guerra Persa*, p. 8

unen las máximas y doctrinas con el estilo literario²⁴. De hecho, para ellos, tal como lo señalaba Aristóteles en la *Poética*, la historia no formaba parte de la filosofía, sino que correspondía a un género literario propio con el objetivo de llegar a los varones, ciudadanos y guerreros que habitaban el mundo de la ciudad antigua. En otras palabras, la historia era parte de la retórica²⁵.

Por su parte, la Edad Media, como es sabido, estuvo marcada por la fuerte influencia del Cristianismo, el cual no ignoró la historia militar, pues, más que buscar doctrinas y máximas desde los hechos de armas, buscó dejar lecciones morales. En el Medioevo el uso de la palabra “historia” no solo se restringía a la historiografía, sino que, en términos mayores, significaba narración, y se podía referir tanto a los relatos de los trabajos de los santos, a partes de la Biblia, al sentido literal de las escrituras y los poemas épicos. Lo central era lo narrativo, que podía ser muy útil para recordar, pero a costa de la verosimilitud²⁶. Fue así como la historia pasó a ser un drama escrito y dirigido por Dios, plasmada en una muy buena redacción y narrativa.

Aspectos relacionados con la táctica también son visibles en el *Cantar de Roldán* (c. 1170), *La Chanson de Roland* en su idioma original, aunque sería esperar demasiado encontrar solo máximas para él, en aquellos tiempos, noble arte de la guerra. De partida, leyenda y poesía es lo que a primera vista se ve en el texto; y en la medida que se avanza cada uno de estos elementos se difumina aún más con el elemento religioso, haciendo que lo militar, aunque presente, quede en segundo plano, a tal punto que es una ‘¡lástima que no sea verdad tanta belleza!’²⁷. Así se ve en el segundo encuentro en Roncesvalles:

De su caballo descende el emperador. Sobre la verde hierba se postra,
rostro contra tierra. Vuelve la faz hacia el sol levante, y de todo
corazón invoca a Dios:

- ¡Padre verdadero, guárdame en este día, Tú que salvaste a Jonás y lo
sacaste del vientre de la ballena; Tú que perdonaste al rey de Nínive y
libraste a Daniel del terrible suplicio de la fosa donde estaba con los
leones; ¡Tú que protegiste a los tres niños en el horno ardiente! ¡Que

²⁴ BERMEJO BARRERA, Juan Carlos, “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, en *Revista História das Ideias. História e Literatura*, Vol. 21, 2000, p. 11.

²⁵ BERMEJO BARRERA, Juan Carlos, “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, p. 12.

²⁶ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la historia Militar*, p. 40.

²⁷ TEIXIDOR, Felipe (Ed.): *El Cantar de Roldán*, México, Editorial Porrúa, 2000, p. 116.

tu amor nos asista en este día! ¡Por tu gracia, si así te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán!

Acabadas sus preces, se yergue, y persigna su frente con la señal todopoderosa. Después sube a su silla sobre el veloz caballo²⁸,

Este estilo también primará en las obras de Baudri de Bourgueil, Guibert de Nogent, Odo de Devil, Raoul the Priest, Ambroise, William of Troy y Jean Froissart con sus *Crónicas* (1337); este último, relatando la batalla de Poitiers en el contexto de la Guerra de los Cien Años, sostenía:

Buenos señores, si somos pocos contra el poder de los enemigos, nada debemos atemorizarnos, pues la victoria no se consigue por la cantidad de gente, sino porque Dios la quiera enviar. Si sucediera que la jornada fuera nuestra, seríamos los más honrados del mundo. Si morimos, aún tengo a mi señor padre y a mis buenos hermanos, y vosotros también tenéis a buenos amigos que nos vengarán. Os ruego que hoy os esforcéis en combatir bien, pues si a Dios y a San Jorge les place, hoy veréis en mí a un buen caballero²⁹.

Las máximas sobre la táctica y la estrategia, sobre las armas y los hombres, ceden lugar al favor de Dios y, por supuesto, a un excelente estilo literario, plagado de grandes hombres y nobles hechos dignos de rememoración. De tal manera que el cronista, padre de los futuros historiadores, incluyen algunos elementos en su relato a la vez que ignoran otros, subrayando algunos y subordinando a otros. Este proceso de exclusión, acentuación y subordinación, nos dice White, es realizado con el fin de constituir y darle sentido al relato, de darle una determinada trama. Trama que viene dada por el drama, el romance, en que el bien finalmente triunfaba sobre el mal³⁰. Y aunque hubo algunos intentos más serios de historia militar, como el Nicéforo Focas con su *Liber Rei Militaris* (960 d. C.) que dejaba obsoletos los postulados de Vegecio, el camino era otro.

Con la llegada de la modernidad la historiografía fue sometida a revisión, deshaciéndose de los elementos fantásticos o mal fundados. Unos de ellos fue Nicolás Maquiavelo con su obra *Del Arte de la Guerra* (1521). La Edad Moderna supuso un

²⁸ TEIXIDOR, Felipe (Ed.): *El Cantar de Roldán*, p. 77.

²⁹ FROISSART, Jean, *Crónicas*, Madrid, Ediciones Siruela, 1988, p. 156.

³⁰ WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, p. 17-19.

relanzamiento de los clásicos militares e historiadores que llevaron sobre sus hombros la tarea de historiar los conflictos de la Antigüedad; desde Tucídides, Polibio, Tito Livio, César: “Todos ellos influyeron en los autores europeos del momento, significativamente en Mauricio de Nassau a fines del siglo XVI, pero también en algunos humanistas italianos e hispanos”³¹. Es precisamente en la Edad Moderna que se dio un paso a la secularización de la historia militar, muy a la par del proceso de supremacía militar europea y a la creación de un cúmulo de especialistas castrenses, la mayor parte de ellos vinculados al poder político. Para Maquiavelo, la historia tiene una utilidad para el presente, y debe ser instructiva y agradable, ello lo vemos en sus escritos:

*[...] A ti toca, Lorenzo, apreciar mi trabajo y juzgar y si merezca alabanza o censura. Te lo dedico, no sólo en prueba de gratitud por los beneficios que me has hecho, ya que en mi situación no pueda darte otra, sino también por ser costumbre honrar esta clase de trabajos con los hombres de quienes brillan por su nobleza, riquezas, ingenio y liberalidad, siendo así que en nobleza y riqueza muchos te igualan; en ingenio pocos, y en liberalidad ninguno*³²

Evidentemente el carácter literario es más que notorio por la prosa y finalidad del escrito, incluso cuando el autor pretende establecer ciertas máximas para los ejércitos europeos de la época. De hecho, el texto está estructurado en diálogos entre los patricios florentinos y Fabrizio Colonna, la mayoría de invención de su propia pluma, en los cuales se va hilando el objetivo del autor:

*Viejo ya, no creo tener ocasión de practicarlas, y por ello se las he explicado ampliamente para que, jóvenes como son y de elevada posición social, puedan, si les parecen útiles, aprovechar mejores tiempos y el favor de sus príncipes para recomendárselas y ayudarles a plantearlas. No teman ni se desalienten; esta tierra de Italia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la poesía, la pintura y la escultura.*³³

³¹ ESPINO LÓPEZ, Antonio, “La historia militar. Entre la renovación y la tradición”, en *Manuscrits: revista d'història moderna*, n° 11, 1993, p. 215.

³² MAQUIAVELO, Nicolás, *Del Arte de la Guerra*, Ciudad de México, Fontamara, 1999, p. 8.

³³ MAQUIAVELO, Nicolás, *Del Arte de la Guerra*, p. 175.

Las máximas están presentes, pero también lo está la tragedia, pues a lo largo de la obra se aprecia el estado paupérrimo en que Italia se hallaba por aquellos tiempos: el orgullo y el patriotismo son elementos necesarios para volver a las glorias pasadas que tanto caracterizaron al Imperio Romano. En este caso, las máximas militares responden a este fin y, por ende, las doctrinas para las guerras futuras solo son esenciales al momento en que se establezca la grandeza italiana de antaño. Así pues, la tragedia, trama por la que Maquiavelo ha optado e hilado su discurso, y el carácter literario, han quedado en evidencia.

De hecho, ya en el siglo XVII se dan los atisbos de una utilización práctica de la Historia en general en el *Diccionario francés* de Richelet (1680), en el que se sostenía que la historia era “una narración continuada de cosas verdaderas, grandes, y públicas, escrita con inteligencia y agudeza, con elocuencia y discernimiento para la instrucción de los particulares y de los Príncipes y para el bien de la sociedad civil”³⁴. En la Ilustración, ya más adelante, la racionalidad en la historia militar avanzó a grandes pasos; de hecho, ello se vio impulsado por la visión práctica que miraba hacia adelante y predecía la edad de oro de la razón, a la par del desarrollo de la física moderna, la cual, a su vez, permitió desarrollar la idea del método científico. Ahora la idea de Historia sería precisamente la de, más allá de una simple descripción de los acontecimientos, una búsqueda por el sentido oculto de los mismos que pudiera formularse como una, o un conjunto de leyes³⁵. Dentro de los historiadores que miraron más allá de su tiempo, se destacó Nicolás de Condorcet (1743-1794), el cual plasmó sus ideas durante el curso de la Revolución Francesa. En sus *Cinco Memorias sobre la Instrucción Pública* toca la enseñanza de la Historia Militar:

Se debe estimular el estudio teórico del arte militar y sobre todo el arte de la artillería, el de fortificar las plazas y defenderlas. Un hombre preparado por una buena teoría adquiere en un año de ejercicio más de lo que diez años de una práctica rutinaria habrían podido darle. Aun cuando una nación haya perdido el hábito de la Guerra, los artilleros competentes, los

³⁴ Citado por BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, “La Historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación”, en *Manuscrits. Revista d’Història Moderna*, n°35, 2016, p. 147.

³⁵ BERMEJO BARRERA, José Carlos, “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, p. 18.

ingenieros ilustrados bastarán para su seguridad, darán tiempo a los oficiales instruidos por el estudio a formar soldados, a crear un ejército³⁶.

De hecho, en 1781, Henry Lloyd, publicaba sus *Memorias Militares* en las que defendió la tesis de que la guerra estaba conformada por dos partes: una mitad mecánica, que se podía estudiar a partir del empleo de la racionalidad matemática y geométrica; y otra moral y política, relegada al espacio de las pasiones. La primera, de mayor importancia para Lloyd, era aprehensible para la racionalidad humana, y causa de ello, su conocimiento podía desembocar en una comprensión netamente científica de los conflictos.³⁷ Fue así como en las postrimerías del siglo XVIII, y en la primera mitad del siglo XIX, los tratadistas militares estaban imbuidos de la necesidad de la lectura de la historia, principalmente de aquella que se encargaba de narrar los hechos bélicos más importantes de la historia del hombre, todo con el fin para extraer enseñanzas de posible aplicación a la toma de decisiones en los conflictos del presente y futuro. La científicidad de la Historia Militar avanzaba imponente por el campo de batalla, y ni siquiera la defensa acérrima de los literatos podía impedirlo:

En principio, el resultado de su conocimiento fueron las colecciones de reflexiones, axiomas, máximas y observaciones militares, que redactaban con finalidad didáctica, junto a otras de mayor enjundia bajo forma de compendios, apuntes, o estudios de arte e historia militar, en las que combinaban la descripción de los hechos bélicos con deducciones analíticas de carácter militar³⁸.

Dichas expresiones hallaron sus principales exponentes entre quienes encontraron un valor utilitario de esta disciplina, salieron de la mera y limitada narración de los acontecimientos bélicos para encontrar las causas de los aciertos y los errores de la derrota. Fueron autores como A. H. Jomini y C. V. Clausewitz los que encontraron y cultivaron la labor didáctica de la historia militar. De tal manera que el siglo XIX se mostró como el Rubicón de César: una vez cruzado, no había marcha atrás.

³⁶ DE CARITAT, Marie-Jean-Antoine Nicolas, *Cinco Memorias sobre la instrucción pública y otros escritos*, Madrid, Ediciones Morata, 2001, p. 211.

³⁷ POCZYNOK, Iván, “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, en *Cuadernos de Marte*, Año 2, nº3, 2012, p. 71.

³⁸ PINTO CEBRIÁN, Fernando, “Ejército e Historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica”, p. 111.

Henri Jomini en *Précis de l'art de la guerre* (1838) distinguió algunas formas de hacer la historia militar: desde la descripción de los detalles más ínfimos de una determinada batalla, hasta el examen de una guerra en su sentido más amplio, asociando factores puramente militares a elementos políticos, sociales y económicos³⁹. Sin embargo, la primera opción tendía a concentrarse de sobremanera en los aspectos relativos al combate y al mando en una determinada situación, a expensas de los aspectos relativos a la logística, la organización y la moral, casi en concordancia con lo que sostenía Geoffrey Parker al afirmar que “la razón de ser de los ejércitos es el combate, y es su capacidad en este sentido la que determina normalmente los resultados de la guerra”⁴⁰. Por su lado, la segunda opción eliminó lo que H. Delbrück estimaría como lastre, en este caso las batallas⁴¹. Así, mientras la primera opción prima demasiado el combate, alejándolo del contexto que le rodea, la segunda ignora la razón esencial de los ejércitos, el combate. En suma, la historia militar de Jomini tiene como gran escenario la guerra y, en último término, las batallas. De hecho, sostenía que la guerra, y por ende su estudio, “está sustentado en ciertos principios fijos, que son, por su naturaleza invariables; la aplicación de ellos puede variar solamente, pero ellos mismos son constantes”⁴².

A pesar de ello, y gracias a la influencia del teórico militar prusiano Carl Von Clausewitz con su obra *Vom Kriege* (1832), primó la primera opción, pues se consideraba que era necesario depurar aspectos particulares de una determinada campaña o batalla con el fin de obtener algunas normas de validez general para la conducción de la guerra. De tal manera que la historia militar se constituyó a sí misma como ciencia, pues así lo demuestra la definición, bastante reciente, entregada por el Departamento de Historia Militar del Ejército de Chile, dado que es solo a través de ella, sostiene, que se pueden entender fenómenos tan complejos y maleables, como lo es la táctica, la guerra y los preparativos que ésta conlleva:

La Historia Militar es la ciencia de los hechos militares, entre los cuales se destaca y marcan el centro de gravedad de las investigaciones, el conjunto de sucesos que constituyen el cuadro cronológico analítico de la

³⁹ ESPINO LÓPEZ, Antonio, “La Renovación de la Historia de las Batallas”, en *Revista de Historia Militar*, Año XLV, n°91, 2011, p. 159.

⁴⁰ PARKER, Geoffrey *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1695. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 6.

⁴¹ ESPINO LÓPEZ, Antonio, “La Renovación de la Historia de las Batallas”, p. 160.

⁴² ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, “El Concepto de Historia Militar”, en DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR (Ed.): *Primera Jornada de Historia Militar Siglos XVII-XIX*, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Santiago, 2004, p. 12.

organización militar, la evolución del armamento, equipo e [sic] las campañas militares de los ejércitos⁴³

Es así como tal corriente nos permite observar cómo las formas de hacer la guerra han cambiado a través de largos períodos históricos. Viendo lo que se ha transformado, podemos deducir lo que se ha mantenido estático, así como ver las similitudes de las tácticas empleadas por los grandes personajes; y como éstas, en un contexto más general, se relacionan con el escenario geográfico, tecnológico y táctico. El cambio y la flexibilidad son parte esencial de esta corriente histórica. Y es precisamente con los aportes de Clausewitz y Jomini que esta tarea, posteriormente, recayó sobre los hombros de un coto privado de militares, por la única razón de su empleo, abandonando por completo las características que sus antecesores, muchas veces no militares, habían cultivado. Es más, aquella acérrima científicidad fue un punto de crítica a las posturas de Jomini: “En la búsqueda de principios universalmente válidos y de máximas inflexibles, se inclinó a pasar por alto los factores irracionales de la guerra que se extendían más allá del reino de los cálculos”⁴⁴.

La esencia narrativa que imperó en los escritos antiguos y modernos que se alzaba sobre la necesidad de encontrar máximas, había quedado por fin supeditada al carácter didáctico y técnico, al lenguaje frío y carente de la pasión de los de antaño. De hecho, ello lo vemos en algunas de las pautas metodológicas que guiaron la producción de la historia militar de estos años, pautas que Fernando Pinto Cebrían numeró en su tesis doctoral:

Considerar la historia militar un producto creado por y para militares. [...] Sus escritores han de tener formación específica y haber participado en los hechos (la historia militar como género histórico basado en la experiencia) [...] Cuanto más cercano en el tiempo esté el hecho bélico a estudiar, más enseñanzas se pueden extraer cara a la futura contienda. [...] Es necesario escapar de la apología, del ensalzamiento y la visión individualizada, para lograr la mayor objetividad posible. [...] La historia militar es la base de las ciencias militares por su valor didáctico como

⁴³ DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR: “Importancia de la Historia Militar”, en *Revista de Historia Militar*, n°3, 2004, p. 12.

⁴⁴ PO CZYNOK, Iván, “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, p. 86.

*f fuente de sabiduría para los mandos respecto a la guerra. [...] Extraer conclusiones militares de los hechos bélicos descritos, parciales o finales*⁴⁵.

De tal manera, como lo sostenía Francisco Barado, se había dado un paso en la historia militar enfocada en la producción narrativa de los acontecimientos bélicos con ánimo de ‘exaltar las prendas y los talentos de los grandes estadistas, las virtudes varoniles de los grandes capitanes, la inteligencia y ánimo de los caudillos, y el resplandor de sus hazañas’⁴⁶, a aquella que servía de fundamento al trabajo de los pensadores militares. Ello también explicaba la tendencia de estos historiadores, con la finalidad de facilitar el aprendizaje y la obtención de máximas aplicables en un futuro, de priorizar los acontecimientos bélicos de mayor importancia y próximos en el tiempo, explicando también la tendencia de seguir priorizando la Segunda Guerra Mundial como objeto de estudio hasta el día de hoy, cosa que para la historiografía militar chilena se ha visto reflejada en la amplia cobertura dada a la Guerra del Pacífico o a las campañas de Independencia, muy en contraposición a la escasa o nula atención prestada al período colonial, o de la conquista.

Pero que se intentara priorizar toda objetividad en la producción histórica, no hacía a un lado el estilo narrativo; de hecho, muchas producciones del siglo XIX y principios del XX se caracterizaron por no apegarse a las condiciones de imparcialidad y desapasionamiento que exigía la disciplina. La narratividad y el estilo épico no había desaparecido, solo había sido ocultado por una capa de “objetividad” y científicidad de aquellos interesados en el establecimiento de máximas y doctrinas. El mismo Francisco Barado lo sostenía:

No cabe negar por eso, que en España no siempre hemos pagado tributo á esas condiciones de imparcialidad y desapasionamiento que exige la severidad de la historia. Si por un lado las preocupaciones religioso-políticas han influido en ciertos historiadores, por otros échase de ver en muchos la tendencia á enaltecer venga ó no á sazón todo cuanto hemos

⁴⁵ PINTO CEBRIÁN, Fernando, “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, p. 123.

⁴⁶ PINTO CEBRIÁN, Fernando, “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, p. 128.

emprendido y realizado los españoles, con más aquel vulgar empeño de traer á cuentos nuestras glorias para consagrarlas⁴⁷.

Y es que con mucha frecuencia los historiadores militares, y los que no tanto, cayeron en la tendencia a sublimar las glorias de los hechos del pasado en perfecta prosa, presentando escenarios de virtuosismo militar sin parangón alguno. Es con sentido sarcástico que a este tipo de historia se le ha tildado de “*la Historia del Tambor y la Corneta*”, como si no hubiera nada más allá de la fanfarria y los vistosos uniformes. “Es la historia que sirve de eco de resonancia para exaltar la superioridad de la nación, de sus fuerzas militares y de sus soldados, marinos y aviadores”⁴⁸. Sin negar su capacidad a la hora de arengar y motivar a las generaciones del presente, era menester reconocer, por parte de los mismos historiadores militares, que carecía de la objetividad que el conocimiento científico reclamaba para sí. En suma, la narratividad aún presentaba resistencia, pero su lucha distaba de ser la misma de aquellos que, con perfecta prosa y trama, pretendían entregar un conocimiento verdadero y científico.

A pesar de ello, los temas más técnicos aplicados al armamento, las comunicaciones y los transportes, comenzaron a tener una mayor importancia sobre todo lo demás, incluso sobre la literatura militar. De hecho, para el caso español, la producción histórica entre los años de 1800 a 1830 enfocada a los temas profesionales alcanzó un total de 133 obras, mientras que la literatura militar tan solo siete. Es más, de 1834 a 1874, los temas científicos militares ascendieron a 525, mientras que la literatura militar solo a duras penas llegaba a diez⁴⁹. De esta manera, se buscaba una escrupulosidad, por lo que el ideal de la literatura histórica pasó a ser la monografía.

Y aunque la objetividad y la neutralidad pasaron a ser elementos claves a la hora de escribir historia, muchas veces se veían trancadas en el momento que el historiador militar cedía al impulso de ensalzar los triunfos y actitudes propias, minimizando las del otro. Sin embargo, tal como lo diría Marc Bloch, “el patriotismo es una virtud, la historia una ciencia, por ello es preciso que no la confundamos”⁵⁰. Citando a Roberto Arancibia Clavel con su obra *Introducción a la Historia Militar*: “El estudio de las operaciones

⁴⁷ BARADO, Francisco, *Historia del Ejército Español. Armas, Uniformes, Sistemas de Combate, Instituciones, Organización del Mismo. Desde los Tiempos más Remotos hasta Nuestros Días*, Tomo I, Barcelona, Viuda é Hijos de E. Ullastres y Compañía Editores, 1989, p. 6.

⁴⁸ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Introducción a la Historia Militar*, p. 9.

⁴⁹ PINTO CEBRIÁN, Fernando, “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, pp. 159-162.

⁵⁰ BLOCH, Marc, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2006, p. 250.

militares de antaño puede dar a los comandantes de hoy interesantes experiencias sobre el mejor empleo de la fuerza militar. Claro que, para desentrañar esas lecciones del pasado, no nos sirven ni el tambor o la corneta; es necesario una objetiva recreación de los hechos que sólo puede elaborarse a través de un proceso que siga el método científico”⁵¹. En otras palabras, era menester deshacerse de todo elemento literario para extraer enseñanzas para enfrentar situaciones parecidas. Para el caso de la historiografía chilena, esta expresión halló a sus representantes en Emil Körner, Indalicio Téllez, Jorge Boonen Rivera y Gonzalo Bulnes. De hecho, es este último en su obra *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá* (1911), quien sostiene: “He procurado enfocar la máquina sobre los hechos i los hombres tales como fueron, para que la posteridad comprenda los tropiezos que encontró en su marcha en 1879 el carro de la victoria, i así si lo que Dios no quiera, el país vuelve a encontrarse en situación análoga pueda sacar de estos sucesos las lecciones que se desprenden de ellos”⁵².

Por otro lado, y aunque parezca algo contradictorio, una corriente que contribuyó altamente a la constitución de una historia militar científica y predictiva fue el materialismo histórico de K. Marx y F. Engels. Su influencia está basada en la teoría general respecto a la configuración del desarrollo histórico de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo actual, por una parte; y, por otra, las observaciones concretas en relación con aspectos particulares, períodos y problemas del pasado. Su teoría se basa en la acción, ya que, según él, el análisis histórico se convierte en tierra estéril si no existe un trabajo preliminar y preparativo para el asalto revolucionario. Dedujeron que la historia era una constante lucha de clases, y todas las sociedades existen en un estado de paz relativa. Dentro de esta teoría, la guerra, tarde o temprano, se haría presente en un estallido revolucionario. De hecho, son extensos los escritos de Engels relacionados a los temas militares⁵³. Escribió y estudió con sumo cuidado campañas y batallas, temas sobre armas y tácticas, pues consideraba que el advenimiento de una nueva crisis económica en 1857 era la llamada de atención para la revolución:

Nuestro momento se aproxima: la lucha a vida o muerte. Mis estudios militares podrán ser puestos rápidamente en práctica. Estoy estudiando

⁵¹ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Introducción a la Historia Militar*, p. 10.

⁵² BULNES, Gonzalo, *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá*, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litográfica Universo, 1911, p. VII.

⁵³ Véase ENGELS, Friedrich, *Temas Militares. Selección de trabajos 1848-1895*, Editorial Cartago, 1974.

intensamente las tácticas y la organización de los ejércitos prusianos, austríacos, bávaro y francés. Aparte de eso practico el montar a caballo⁵⁴.

Fuese como fuese, la tendencia estaba clara, el establecimiento de leyes, máximas y doctrinas se consolidaba con el pasar del tiempo, siendo uno de sus mayores portavoces el Capitán Alfred Thayer Mahan (1840-1914). Con su obra *The influence of seapower upon history, 1660-1783* (1890), Mahan era un teórico naval que se esforzaba en hallar y formular reglas y normas universales para el éxito de la conducción victoriosa de la guerra naval, similares a las que propuso Jomini en su tiempo⁵⁵. Sin embargo, el estratega no era historiador, cosa que guardaba armonía con el profesionalismo militar europeo; en otras palabras, el comienzo de la carrera militar como una profesión, representada por las escuelas militares. Desde ahora se pretendía el “enseñar la guerra durante la paz”. Fue en Prusia donde ello cobró más sentido, especialmente en los postulados de Helmut Von Moltke (1800-1881). Según su punto de vista, la producción historiográfica que los historiadores militares elaboraban debía estar por y para el servicio de la profesión militar, siendo su principal propósito el descubrir qué había ocurrido exactamente en las guerras, qué era lo que había hecho Napoleón para obtener la victoria sobre sus adversarios, o cuál fue el error de los Austrias en las guerras de los Países Bajos, etc.; todo aquello que les sirviese a los hombres de armas en el futuro. “Pensaba que todos los intentos de glorificar a los ejércitos y a sus comandantes, y el de recrear el honor y esplendor de las batallas, aun obteniendo amplias conclusiones didácticas, debían estar subordinados a una descripción y al análisis preciso y científico de los eventos”⁵⁶.

Incluso llegó al punto de sostener que tal tarea no podía ser realizada tan solo por un sujeto, ni mucho menos por civiles, sino por equipos de profesionales (militares) bajo la supervisión del Estado Mayor del Ejército. Ello iba en concordancia con los postulados de Sir Charles Oman:

Both the mediaeval monastic chroniclers and the modern Liberal historiographers has often no closer notion of the meaning of war than that it involves various horrors, and is attended by a lamentable loss of human life. Both classes sometimes strove to disguise their personal ignorance or

⁵⁴ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la Historia Militar*, p. 63.

⁵⁵ PARKER, Geoffrey, *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 118.

⁵⁶ PARKER, Geoffrey, *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, p. 67.

*dislike of military matters by depreciating their importance and significance in history*⁵⁷.

También se visualiza en la gran cantidad de historiadores dedicados al ámbito de lo militar: Jean Colin, Ferdinand Foch, F. Aspinall Oglander, Cyril Falls, George Macaulay Trevelyan, Winston Churchill, G. F. R. Henderson, J. F. C. Fuller y B. H. Lidell Hart, todos ellos militares de profesión. Esto llegó a tal punto que, para el caso nacional, el capitán Bernardino Parada sostenía: “Porque hay que decirlo claramente: la historia militar no puede ser abordada con criterio científico sino por militares, así como la historia social está reservada para los sociólogos. ¿Qué nos debe importar, entonces, la opinión de un aficionado en táctica y estrategia?”⁵⁸. Por ello, incluso cuando el carácter literario perduraba, la narratividad en la historia militar perdía terreno ante el implacable avance de la perspectiva científicista, al igual que las tropas holandesas de Luis de Nassau ante el feroz avance español en Jemmingen. Sin embargo, la narratividad, del mismo modo que Federico II de Prusia en la batalla de Rossbach, planeaba un contrataque tan demoledor, que haría tambalear las mismas bases de la disciplina.

II. EL CONTRAGOLPE

El golpe fue duro y devastador, pero no solo fue desde la historia que se abrió fuego, sino que éste vino del lugar que menos se lo esperaban: el ejercicio de los militares. Así como Alejandro frente a las tropas de Darío III en la batalla del Gránico e Issos, el ataque se realizó desde el frente y la retaguardia. La científicidad de la historia militar se encontró entre el yunque y el martillo. Pero ¿Acaso es posible establecer conjeturas a partir de una narración, puesto que el carácter narrativo, incluso siendo ocultado por el carácter científico que muchos han querido darle a la Historia militar, no ha desaparecido? ¿Acaso ello no dejaría a la historia militar al nivel de las fábulas, en las cuales, a través de un determinado relato, se pretende dejar una enseñanza práctica para el futuro? ¿Es posible hacer una historia científica u objetiva de un hecho que revela las más profundas pasiones humanas, como lo es una batalla o la guerra en sí misma, en las que rezos, blasfemias, maldiciones y gritos, compiten entre sí?

⁵⁷ OMAN, Charles, *On the writing of History*, Routledge Library Editions, 2016, s.p.

⁵⁸ PARADA, Bernardino, “Hacia un nuevo concepto de Historia Militar”, en *Memorial del Ejército de Chile*, Año XXXIV, n° 173, 1941, p. 143.

De partida, es menester analizar si en la historia militar es posible deducir leyes tal como se hace en las ciencias duras; para ello, de forma evidente, es necesario recurrir a los postulados de John Lewis Gaddis y su obra *El Paisaje de la Historia*. Éste sostiene que el argumento, esgrimido por Ciro Cardoso, de que al menos algunos de los métodos de las ciencias naturales se acercan cada vez más al de los historiadores que, por el contrario, a los de su mayoría de los científicos sociales, tiene una objeción evidente: que las ciencias duras no se ocupan de las personas. El problema no es la conciencia, puesto que hasta los animales la tienen, sino es la conciencia del yo, la capacidad de pensar como individuo acerca de su propia situación, de determinar una respuesta distintiva y de comunicarla a los demás: la autoconciencia. Cada individuo, miles en el campo de batalla o en los ejércitos, viene a representar una molécula con mente propia, que puede o no seguir ciertas pautas predeterminadas, pero que sería imposible historiarlas por su complejidad.

La actividad de los animales refleja las circunstancias en que se encuentran, pero esta no tiende a variar mucho entre unos y otros, por ello son un conjunto bastante predecible. La conducta humana es mucho más compleja, porque la capacidad de reflexión abre la perspectiva de responder a circunstancias similares de maneras muy diferentes⁵⁹; de ahí que en muchas batallas que, táctica y geográficamente parecen similares, se salden con resultados tan diversos. No es posible un consenso instantáneo, por lo que es imposible prever resultados. Las ciencias sociales han intentado solventar ello, tratando de imponer una predictibilidad mediante la *teoría de elección racional*, generalizando y reduciendo a simple la complejidad. Sin embargo, ello falla al momento de tratar con personajes únicos o sucesos determinados, los cuales, a pesar de tener todas las de perder (contrariando a las máximas establecidas con anterioridad), logran hacerse con la victoria. De ahí que se produzcan las diferencias del objeto de estudio de las ciencias duras y la historia y, por ende, de la historia militar.

A ello se le suma que el historiador militar no es Dios para contemplar el mundo desde lo alto, o fuera de él. Es un hombre de su tiempo que mira al pasado desde un determinado lugar y es imposible librarse de él. Mirará al pasado y a los más notables hechos de armas con el fin de extraer las máximas y doctrinas para las fuerzas armadas del presente y futuro. Por ello, los juicios que pueda tener sobre determinada campaña o encuentro, estarán estrictamente ligados a aquella condición que determina su punto de

⁵⁹ LEWIS GADDIS, John, *Paisaje de la Historia. Cómo los Historiadores representan el pasado*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004, pp. 147-149.

vista desde el ahora. Así, como lo sostiene Roberto Arancibia Clavel: “Este pensamiento es relevante para el historiador militar ya que éste para entender al hombre militar de ayer, necesariamente debe tener un punto de vista actual”⁶⁰, y de ahí extraerá sus conclusiones. Por ende, las doctrinas con las que concluya su análisis de las guerras pasadas estarán determinadas por lo actual; sin embargo, el presente es efímero y cambia, por ello no es extraño que también lo hagan las máximas. Entonces, el juicio que se pueda obtener de cierta campaña variará, tanto por el historiador como por su posición en el dónde y cuándo, además del por qué.

Este problema no es nuevo, pues tratar de comprender o enhebrar un discurso coherente sobre una batalla es algo con que los escritores clásicos, y hasta los historiadores modernos, se han encontrado en el camino. Tal aventura equivale a una utopía de imposible realización, pues se intenta poner orden en una situación que, en su más pura esencia, es caos. En este punto, el novelista se encuentra en una amplia ventaja, ya que, como el mosquetero frente al caballero de pesada armadura, posee una libertad que le es negada al historiador. El novelista podrá usar su imaginación allí donde el encuentro o la campaña es difusa; sin embargo, tanto el historiador como el militar se verán envueltos en la más espesa de las brumas, dado que, como aclaraba Sir John Kinkaid de la *Rifle Brigade*, ‘*que me aspen si entiendo algo de lo que ocurrió, porque pasé todo el día aplastado en el barro y pisoteado por cualquier canalla que tuviera un caballo*’⁶¹. Si ni siquiera los que experimentaron en carne propia una batalla, una campaña o una escaramuza, tienen la menor idea de lo que allí pasó, ¿qué podría esperarse de un historiador alejado siglos, sino milenios, del encuentro que intenta vislumbrar, eternamente condicionado por lo que Ricoeur denominó “distancia histórica”?

Esto también condicionará lo que Gaddis ha llamado el criterio selectivo del historiador, con el cual cada uno impone las miradas y perspectivas, los métodos y los temas que le acomoden o agraden⁶². Este tipo de elección apunta a lo que se podría llamar el juicio de importancia, de tal manera que preside a la selección de acontecimientos y factores; y es precisamente aquí cuando la subjetividad del historiador militar interviene. De esta manera, la racionalidad de la historia tiende hacia este juicio de importancia el que, sin embargo, adolece de criterio seguro⁶³, ya que proceden excluyendo determinados

⁶⁰ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, *Una Introducción a la Historia Militar*, p. 55.

⁶¹ Citado por QUEZADA SANZ, Fernando, “El Rostro de la Batalla: Nuevas Corrientes y Problemas en la Historia Militar Antigua y el Auge de la Novela Histórica de Tema Bélico”, en *HABIS*, n°47, 2016, p. 338.

⁶² LEWIS GADDIS, John, *Paisaje de la Historia. Cómo los Historiadores representan el pasado*, p. 43.

⁶³ RICOEUR, Paul, “Objetividad y subjetividad en la historia”, en *Tarea*, n°2, 1969, p. 11.

hechos de su relato como irrelevantes para su propósito, e incluso incluyendo especulaciones que no se encuentran en los hechos verdaderos que intentan historiar. Solo serán partes de un todo y bastante incompletas, por así decirlo.

Por otro lado, están la simultaneidad (la capacidad de estar al mismo tiempo en más de un lugar y comparar) y el cambio de escala: de la cacofonía de los acontecimientos seleccionan lo que piensan que es realmente importante, están en varios momentos y lugares a la vez, y se acercan o se alejan más o menos entre el análisis macroscópico y el microscópico, tal como lo realiza John Keegan en *El Rostro de la Batalla* (1976), donde compara los encuentros de Agincourt (25 de octubre de 1415), Waterloo (18 de junio de 1815) y Somme (primera jornada del 1 de julio de 1916)⁶⁴. Los historiadores no tienen más remedio que adentrarse en estas manipulaciones del tiempo, del espacio y la escala, porque una representación verdaderamente literal de cualquier ente no puede ser otra cosa que el ente mismo, lo cual sería impracticable. A causa de esto, las máximas o doctrinas que intenten plantear inherentemente serán limitadas.

Aquello podría ser solventado si la disciplina histórica poseyera un método que les permitiera deducir las máximas o doctrinas independiente de la situación o espacio geográfico en que se encuentre el historiador. La misma práctica no ayudaba en la tarea, pues, tanto los historiadores como los militares, han provenido de diversos orígenes teóricos, cosa que ha hecho aún más nebuloso su método⁶⁵. Para el caso militar, tampoco es que existiera una teoría formalizada como tal, sino que podemos ver diversas escuelas de pensamientos, cada una priorizando diversos factores como esenciales en los conflictos pasados y futuros. De ahí que la escuela francesa, en cuanto a la táctica, ha priorizado la atrición; contrariamente a su contraparte alemana, la cual ha preferido decantarse por la movilidad y la maniobra. Así, en sentido opuesto a los científicos naturales, no hay ni ha habido un consenso sobre la causalidad de determinado hecho⁶⁶.

Y es que, si incluso se encuentra con un amplio repertorio de fuentes inéditas — algo casi imposible en este último tiempo—; incluso si logra dar con la mayor veta de documentación que contenga —cartas, memorias, diarios, registros de campaña, etc.—, la respuesta seguirá siendo la misma. Así, para el caso de la batalla de Gettysburg (1836), Frank A. Haskell nos revela la imposibilidad de que hasta la mejor narración histórica se quede corta al momento de analizar algo tan complejo como una batalla:

⁶⁴ RICOEUR, Paul, “Objetividad y subjetividad en la historia”, p. 45.

⁶⁵ BERMEJO BARRERA, José Carlos, “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, p. 26.

⁶⁶ WHITE, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, p. 23.

A full account of the battle as it was will never, can never be made. Who could sketch the changes, the constant shifting of the bloody panorama? It is not possible. The official reports may give results as to losses, with statements of attacks and repulses; they may also note the means by which results were attained, which is a statement of the number and kind of the forces employed, but the connection between means and results, the mode, the battle proper, these reports touch lightly. [...] For the reasons mentioned, of this battle, greater than that of Waterloo, a history, just, comprehensive, complete will never be written. By-and-by, out of the chaos of trash and falsehood that the newspapers hold, out of the disjointed mass of reports, out of the traditions and tales that came down from the field some eye that never saw the battle will select, and some pen will write what will be named the history. With that the world will be and, if we are alive, we must be, content⁶⁷.

El problema también radica en la naturaleza subjetiva misma de las fuentes, pues cosa común era que en el bando vencedor se intentase demonizar al perdedor y viceversa. Incluso se llegaba a exaltar las virtudes de sus propios hombres, o derechamente mentir en cuanto a la cantidad de los combatientes para justificar una derrota o victoria, según sea el caso. Se podría objetar este último punto al contar con las narraciones orales o escritas de quienes fueron partícipes, pero pretender que tales descripciones sean fieles sería pecar de inocencia, pues, incluso cuando el sujeto intentase recordar lo que ocurrió de forma clara, será que la memoria se deformará a causa del caos: “Lo que a un legado, tribuno o centurión le pudo parecer en el momento del combate una cuesta empinada puede no serlo tanto para un caminante fresco, sin miedo y que no está recibiendo fuego”⁶⁸. Lo que se estaría trayendo a colación sería la rememoración de su propia experiencia personal que, sin ser falsa, corresponde a una visión particular de los hechos que puede, y muchas veces lo hará, diferir enormemente de la visión de los otros o del conjunto mismo.

Gracias a ello, esta tendencia de establecimiento de los principios de la guerra, o de la conducción militar, lo que se traducía como el estudio de una multitud de casos con el fin de extraer el procedimiento para conseguir la victoria y evitar la derrota, pronto

⁶⁷ Haskell's Account of the Battle of Gettysburg: American Historical Documents, 1000-1904. Paras. 126-146. Disponible en: <https://www.bartleby.com/43/3506.html> [Consultado el 12 de julio de 2017].

⁶⁸ QUEZADA SANZ, Fernando, “El Rostro de la Batalla: Nuevas Corrientes y Problemas en la Historia Militar Antigua y el Auge de la Novela Histórica de Tema Bélico”, p. 344

encontraría su Waterloo. La conclusión a la que llegaron, al poco andar, fue que es imposible determinar leyes en una actividad humana tan compleja, y que depende de tantos factores como lo es la guerra.

Se dejó de lado esa visión, aunque se mantuvieron ciertos principios que, si se seguían de forma adecuada, la probabilidad de victoria era mucho mayor. Se priorizaron elementos como la sorpresa, la ofensiva, la seguridad, la economía de las fuerzas y la reunión de los medios, la libertad de acción y el mantenimiento del objetivo. Sin embargo, estas eran de carácter general y ambiguo, altamente inseguras, estableciendo el objetivo, pero casi nunca los medios. Es innegable que con el pasar del tiempo y el estudio, es posible evidenciar continuidades, que no son otra cosa que modelos que se extienden a través de él. No son leyes, ni mucho menos teorías, sino fenómenos que se repiten con regularidad suficiente como para resultarnos visibles. Sin esos modelos careceríamos de fundamento para generalizar acerca de la experiencia humana que no conocemos: por ejemplo, no sabríamos que la tasa de nacimientos tiende a decrecer a medida que aumenta el desarrollo económico, o que los imperios tienden a expandirse más allá de sus medios. Para el caso de la historia militar, esto se traduce en los factores que inciden en ella: “por el peligro, el miedo, la confusión y por tratar de imponer la voluntad de unos sobre otros con violencia. [...] También se pueden observar la repetición de los errores, especialmente por la falta de decisión de los líderes, generando con ella una lenta reacción”⁶⁹, elementos que son inherentes al conflicto, pero imposibles de regular. Estos modelos se manifestaron con frecuencia en el pasado y, de forma razonablemente, podemos esperar a que lo sigan haciendo en el futuro. Por otra parte, también existen las contingencias, que son fenómenos que no constituyen modelos, entre las cuales se pueden incluir las acciones que adoptan los individuos por razones que solo ellos conocen, y que no se repitieron, ni tampoco lo harán en el presente y futuro cercano⁷⁰.

De esta manera, la crítica que Bermejo Barrera esgrimía contra la historia cerrada también aplica a la práctica de la historia militar. La Historia en mayúscula, tal como su hija menor dedicada a la guerra, es un conocimiento borroso, precisamente porque su objeto de estudio es complejo y maleable. Por tal razón, no puede ser considerado un conocimiento cerrado, no es una ciencia como los militares de antaño han sostenido, sino es un saber en fase constituyente. “El carácter cerrado del saber histórico es una ilusión

⁶⁹ ARANCIBIA CLAVEL, Roberto, “El concepto de Historia Militar”, p. 12

⁷⁰ LEWIS GADDIS, John, *Paisaje de la Historia. Cómo los Historiadores representan el pasado*, pp. 53-54.

óptica de los historiadores, que confunden los usos de sus corporaciones con normas de validez universal, y que son incapaces de dar cuenta, no solo de[l] devenir histórico, sino ni siquiera del devenir de su propia disciplina”⁷¹. Si la gran ciudadela de la Historia se hallaba sitiada por todos los flancos, ¿qué esperanza podría guardar el pequeño feudo de la historia militar?

Por su parte, en la práctica, esta tendencia de deducir máximas o doctrinas también se convirtió en un blanco, pues los métodos para hacer la guerra precisaron nuevos vientos. Los ejércitos posteriores a la Primera Guerra Mundial, especialmente en la Guerra de 1939, se concentraron en lo externo, en la situación imperante, en el enemigo y sus fuerzas, y en el resultado que necesita tal situación; mientras que lo interno, el proceso y métodos regulares para solventar tal escenario, fue dejado de lado. De hecho, los alemanes, los principales promotores de este tipo de guerra, muchas veces recibían problemas que solo podían ser resueltos al desobedecer las órdenes de sus mayores, pues éstas solo especificaban el resultado deseado, pero no así el medio por el cual conseguirlo. La iniciativa propia de los generales fue mucho más importante que la obediencia, e incluso se llegaban a tolerar los errores, pues éstos demostraban ser prueba de un exceso de iniciativa en vez de una carencia de la misma. Tal fue la profundización en tales aspectos, que muchas veces se prefería dar la “orden tipo misión” antes que una orden a secas. Se aceptó que cada situación es diferente y cada enemigo se comporta de forma diversa, por lo que aplicar máximas resultaría poco práctico:

*Czechs or North Koreans or Syrians fight differently from Soviets. One Soviets division or regiment or company Will fight differently from another. And the same enemy unit will fight differently on Thursday from the way it fought on Tuesday*⁷².

Incluso se llegó a despreciar tales teorías o doctrinas, tal como lo decía el instructor del Fuerte Knox en el estado de Kentucky: ‘Yo no sé porque debo enseñarles todas estas antiguas e irrelevantes teorías francesas, pero tengo que hacerlo’⁷³. Se rechazan a toda costa los esquemas fijos, cada esquema o patrón es incorrecto, ya que no hay dos situaciones iguales, pues la guerra conlleva lo que Clausewitz en su momento

⁷¹ BERMEJO BARRERA, José Carlos, “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, p. 29.

⁷² LIND, William S., *Maneuver Warfare Handbook*, Estados Unidos, Westview Special Studies in Military Affairs, 1985, p. 12.

⁷³ LIND, William S., “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *MILITARY REVIEW. Hispanoamericana*. Revista profesional del Ejército de EE.UU., Vol. LXXXV, n°1, 2005, p. 13.

llamó “Fricción”⁷⁴. De esta manera: “*The commander must anticipate battlefield chaos and be prepared to maneuver in spite of it. He must be able to mass und disperse his forces quickly and react rapidly to the changing situation*”. El principio que regiría la guerra es, y continúa siéndolo: “*The only formula for victory is to recognize there are no formulas*”⁷⁵.

Si bien, tanto la teoría como la práctica lograron alzar la daga contra el hábito de deducir principios rectores para la guerra, la historiografía, por su parte, terminaría por clavar el puñal. Durante los horrores de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los países afectados no dudaron en hacer a un lado los estudios militares, pues nada querían saber de la guerra tras las horribles consecuencias del conflicto que asoló a todo Europa y al mundo. El sentimiento de repugnancia en la conciencia cultural europea fue realmente profundo, generalizado e internacional, pero al mismo tiempo surgió un tipo de cultura de guerra completamente diferente después de 1918, particularmente en Europa Central, Alemania e Italia. La literatura militarista sobre la movilización total no era inferior en calidad literaria a la de la mejor escritura antimilitarista de guerra británica, pues gozó de un gran éxito con su heroicidad teatral y exhortaciones retóricas a sus compatriotas en nombre de la audacia, la conquista y el ideal nacional. Y aunque apegada a los tópicos literarios, este tipo de historia distaba de representar en su totalidad a los historiadores militares que buscaban atestiguar la experiencia de los hombres de armas mediante un fuerte soporte metodológico amparado en las fuentes.

Tan solo sería con el término del conflicto que se vio una renovación de la disciplina. Fue en Inglaterra donde aparecieron obras como *Cromwell's Army*, de C. H. Firth (1962); *The Armies of Queen Anne*, de R. E. Scouller; *Elizabeth's Army*, de C. G. Cruickshank (1966); *The Elizabethan Militia 1558-1638*, de L. Boyton (1967), entre otros: aunque todos ellos deben mucho a la obra de G. N. Clark, *War and Society in the Seventeenth Century* (1958). Aunque esta renovación también pasó por la figura de Michael Roberts con su conferencia *The Military Revolution, 1560-1660* (1956), en la que apostó por una nueva disciplina y enfoque para la Historia Militar, una que apostaría por una socialización de la historia de la guerra⁷⁶ y priorizaría elementos como la logística, la relación con los civiles y la evolución armamentística, los elementos

⁷⁴ VON CLAUSEWITZ, Carl, *De la Guerra*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, pp. 71-72.

⁷⁵ LIND, William S., WILSON, G. I., WYLY M. D. y TRAINOR B. E., “The ‘maneuver Warfare’ Concept”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 65, 1981, s.p.

⁷⁶ ESPINO LÓPEZ, Antonio, “La historia militar. Entre la renovación y la tradición”, pp. 217-218.

colectivos, los sistemas institucionales y las situaciones de regularidad⁷⁷; muy al contrario que sus antecesoras del siglo XIX. Una corriente que más tarde, en la década de 1970, sería retomada por historiadores como Geoffrey Parker, Jeremy Black, Peter Paret, Michael Howard, etc. Sin embargo, estas posturas tendían a inclinarse más precisamente por los aspectos sociales de la guerra, ignorando casi por completo la batalla y lo que ello implicaba. Pero, incluso habiendo rechazado la tendencia de deducir máximas, la narratividad aún no se podía integrar del todo en las filas de la Historia Militar.

Es más, sería por parte de un autor británico que se criticó esta forma de hacer historia; Lawrence Stone en su obra *El Pasado y el Presente*, aunque no de forma directa, abogaba por un abrazo a las viejas maneras, aunque no con tanta pompa y parafernalia, pero sí dejando entrar a la narratividad en ella:

Los ‘nuevos historiadores’ de los cincuentas y los sesentas serán sin duda severamente criticados por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones, al igual que las veleidades observadas en las batallas, en los sitios militares, en la destrucción y en la conquista. [...] Es realmente insólito el que estos asuntos hubieran sido descuidados durante tanto tiempo por aquellos que se consideraban a sí mismo como la vanguardia de la profesión histórica. En la práctica, gran parte de la profesión siguió ocupándose de la historia política, como lo había hecho siempre, no obstante que no es aquí donde en términos generales se pensó que residía la arista cortante de la innovación. Un reconocimiento tardío de la importancia del poder, de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, y de las posibilidades de batalla, ha obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa, sea que lo quieran o no⁷⁸.

Por ello, los herederos de las viejas tradiciones militares decimonónicas, especialmente los alemanes, no han tenido más remedio que reconsiderar sus posturas frente al callejón sin salida de la falta de renovación.

⁷⁷ VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, “La Transformación Contemporánea de la Hermenéutica y el Estatuto Epistemológico de la Historia”, en *Fragmentos de Filosofía*, n°2, 1992, p. 178.

⁷⁸ STONE, Lawrence, *El Pasado y El Presente*, p. 103.

En este último tiempo se ha revitalizado el estudio de los acontecimientos, lo que en el campo de la Historia Militar se tradujo en un renovado interés por las historias de las batallas y su significado en el devenir histórico. De tal manera que se ha pasado de la narración cronológica con base en los hechos de armas destacados, a una perspectiva completamente diferente. Como es obvio, una perspectiva diferente conlleva un tipo de narrativa diferente; una narrativa como forma de relatar los acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre, considerando a la historia como una novela verdadera. Dentro de este contexto es que han proliferado historias militares como las de Antony Bevoor, en las que combinan el rigor histórico con una buena narrativa y una excelente prosa, entre las cuales se destacan *Stalingrado*, *Berlín: La Caída*, y *El día D*. En este caso, la trama pasa a ser el repetir el aprendizaje del militar de antaño a través de acontecimientos reales ordenados de una forma en que se pueda explicar mejor lo que pasó.

Mismo criterio aplica para las obras de Piero Pieri, quien sentaría bases para una renovada historia militar, pues consideraba que es imposible entender a la guerra como una realidad encerrada en sí misma, por lo que, al momento de estudiarla, se debe relacionar con las demás realidades humanas. Por ello, la Historia Militar tiene su propio campo, porque la guerra es estrategia y táctica, pero también es pasión, coraje, deseo, temor, necesidad física y moral, y estas variables solo pueden ser entendidas por un profesional en cada materia. Tal visión fue plasmada en obras como *Historia Militar del Renacimiento: Guerra e Insurrección*, *La Primera Guerra Mondiale: Problemi di storia militare* y *Pietro Badoglio Maresciallo D'italia*.

En este punto, fue Paul Fussell en 1975, en las postrimerías de la Guerra de Vietnam y el completo rechazo a los estudios militares, el que propuso una nueva mirada para la guerra y la historia militar en sí misma. En *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, Fussell pone de manifiesto las nuevas tendencias que imperarán (y siguen imperando) en la construcción de los hechos de armas mediante una capacidad literaria de análisis asombrosa, que revela lo no tan recordado de la guerra de las trincheras. Ello, por supuesto, lo hace a través de la desilusión, el escepticismo, el agotamiento y, por supuesto, la ironía (esto último responde a su experiencia en el frente francés durante la Segunda Guerra Mundial). Inclusive llega a enmarcar su punto de vista en la tradición de sir Martin Gilbert, cuyas crónicas de la Primera y Segunda Guerra Mundial siempre

rebosaban emoción, y con mucha frecuencia “termina recordándoles a sus lectores la factura del carnicero e implícitamente invitándoles a lamentarse en su compañía”⁷⁹.

De esta manera, los estudios militares se iban haciendo más humanos, más cercano a aquellos “peones sin conciencia” fácilmente prescindibles; de ello pasaron a ser seres humanos, hombres que sufrían y que se veían sobrepasados por la crueldad que podía alcanzar el conflicto. Por ello no era extraño que Fussell aclarase el objetivo principal de su obra: “podría convencerles de que hasta los *amarillos* tenían sentimientos, que no querían morir y que, como nosotros, pedían ayuda a Dios o a su madre cuando la agonía se volvía insoportable”⁸⁰. Y al igual que Gilbert, Fussell esgrimía la imposibilidad de una historiografía objetiva y enraizada al mundo académico, pues era imposible a la vez que inhumana, ofensivamente despiadada, e insensible. Describir la guerra y sus consecuencias no es trabajo de las frías ciencias, sino de las humanidades, y únicamente aquellos que tienen “sensibilidad para las desdichas humanas”⁸¹. En otras palabras, era necesario devolver el protagonismo a los sujetos, a quienes que con su sangre, sudor y lágrimas compusieron aquellos hechos, alejándose de esas frías estructuras y esquemas.

La narrativa tradicional de la Historia Militar acostumbraba a mostrar una perspectiva desde arriba de los hechos de armas, alrededor de las acciones de los líderes militares, los grandes capitanes y los mariscales, considerando a los demás componentes como meros peones en el gran tablero, con papeles menores y ampliamente prescindibles. Contrariamente, la nueva visión considera la mirada desde abajo, una visión de la cultura aplicada al ámbito militar, a los temores, los anhelos y las metas de los soldados.

De hecho, a tan solo un año después de la publicación del libro de Fussell, John Keegan publicaría *El Rostro de la Batalla*, libro de una enorme riqueza de pensamiento, además de una enorme cantidad de facetas, en las cuales su mayor logro fue priorizar la visión del combatiente sobre el terreno, a ras de suelo, y no sobre las alas de un ave que mira desde arriba lo ocurrido entre estas muchedumbres. Posterior a su publicación, no se hicieron esperar los discípulos, pues el primer seguidor del trabajo de Keegan fue D. Hanson con su *The Western Way of War* (1989). Es más, el mismo Hanson reconocía los aportes de Keegan al estudio de la guerra:

⁷⁹ FUSSELL, Paul, *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, Madrid, Turner Publicaciones, 2006, p. 445.

⁸⁰ FUSSELL, Paul, *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, p. 449.

⁸¹ FUSSELL, Paul, *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, p. 445.

*Obviously, Keegan's The Face of Battle has been both a model and inspiration for my treatment of Greek Battle... a book so fresh in spirit that has changed forever our very notions of what military history should be*⁸².

Asimismo, esta tendencia más narrativa ha implicado una renovación en las fuentes, pues si desde un comienzo solo se prefería el informe oficial, o el testimonio del general de turno, ahora la cuestión es distinta. Se utilizan como pruebas los objetos que hayan presenciado la batalla, la tradición oral de aquellos que se vieron envueltos en los enfrentamientos, tanto directa como indirectamente, la fotografía y la pintura. Estas mismas fuentes permitieron a su vez desligarse de la anticuada visión tradicional, incluyendo una multiplicidad de factores, además del rey o el general, que participaban, quizás de forma no tan relevante, en la conformación de los hechos bélicos. Como lo dice Roberto Arancibia Clavel, se buscaba aplicar el concepto de *hetero-gloria*, donde no todo lo sucedido se le puede atribuir a los altos mandos: *¡por Dios, tan solo en Waterloo fueron más de 193.000 hombres los que participaron en la batalla!*⁸³, por lo que enfocar las miras tan solo en Napoleón, Wellington y Blücher, puede resultar un tanto generalizador y limitante al pasar por alto los testimonios de miles de soldados que, incluso más que sus propios generales, experimentaron el fragor de la batalla desde la primera fila; pues, como dijo Liev Nikoláievich Tolstói en su obra *Guerra y Paz*:

En la batalla de Borodinó, Napoleón no disparó contra nadie, ni mató a nadie; fueron sus soldados quienes lo hicieron. No era él, pues, quien mataba a los hombres⁸⁴.

Las nuevas fuentes y perspectivas crean una Historia Militar renovada y de mayor riqueza. Tal como lo sostiene Marc Ferro:

¿Es que la guerra, tal como la han comprendido dirigentes políticos y jefes militares, no difiere de la guerra vivida por los combatientes, por la retaguardia o por los contrarios? Cada drama vivido tiene su propia cronología, su respiración, sus crisis, sus tiempos muertos, su progresión,

⁸² Citado por QUEZADA SANZ, Fernando, "El Rostro de la Batalla: Nuevas Corrientes y Problemas en la Historia Militar Antigua y el Auge de la Novela Histórica de Tema Bélico", p. 328.

⁸³ VON CLAUSEWITZ, Carl, *De la Guerra*, p. 730.

⁸⁴ TÓLSTOI, León, *Guerra y Paz*, Barcelona, Editorial Planeta, 1988. p. 944.

que no coinciden con las divisiones en períodos abstractos que varían conforme a las ideologías⁸⁵.

Se ha ampliado el margen de estudio, antaño dominio de los generales y grandes hombres, a un espacio compartido entre el soldado, el desertor, el bandido, el noble, las mujeres, el vencido, entre otros. De tal manera, como lo vería Paul Ricoeur, el historiador va hacia los hombres del pasado con su propia experiencia humana, al mismo momento en que la imposibilidad de hacer una historia estrictamente objetiva toma un relieve sorprendente; momento en el que, por encima de toda cronología, el historiador hace surgir los valores de la vida de los hombres del pasado, pues “lo que la historia quiere explicar y comprender en última instancia, son los hombres”⁸⁶. Esta evocación de los valores, que es finalmente la única evocación de los hombres que nos es accesible, sin poder revivir lo que ellos han vivido, ya que ni sus mismos actores lo pueden hacer mediante sus memorias. De la misma manera que Paul Fussell lo hizo en *La Gran Guerra y la Memoria*, el historiador debe sumergirse en el campo de muerte, en las trincheras y las murallas de las ciudades asediadas. De hecho, él mismo describió lo que plasmó en su obra:

Durante tres meses viví en las trincheras con soldados británicos, acompañándoles en las incursiones en las trincheras alemanas que estaban enfrente, consolándome con su ron, persiguiendo y matando piojos en las costuras de los pantalones e imitando la flema británica cuando saltaban por encima de los sacos de arena y corrían directamente hacia el fuego de ametralladoras. ¿Cómo podían soportarlo? ¿Y qué pensaban de aquello?⁸⁷

Es aquí cuando la narratividad, cumpliendo la misma labor de los zapadores en tiempo de guerra, debe erigir puentes y soslayar los obstáculos que imponen los hechos a los historiadores. Tampoco se trata, como diría Ricoeur, de “compartir la fe de sus héroes”, pues ya no se estaría haciendo historia, sino apologética, sino que debe ser capaz de admitir por hipótesis su fe, asumiendo su subjetividad y su condicionamiento del dónde

⁸⁵ FERRO, Marc, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1985, p. 16

⁸⁶ RICOEUR, Paul, “Objetividad y subjetividad en la historia”, p. 13.

⁸⁷ FUSSELL, Paul, *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, p. 449.

y cuándo⁸⁸, despojándose de su “simpatía inculta” y accediendo a una “simpatía instruida” con el fin de conquistar una mirada neutra⁸⁹.

La variedad de temas también ha sido fecunda, pues de priorizar únicamente la táctica y la estrategia, se comenzó a valorar elementos como las actitudes colectivas, en las cuales destacaban los motines, las huidas y las deserciones; y otras tan personales como el suicidio o las automutilaciones; o, derechamente la influencia de la guerra en medios como la prensa o el arte. En síntesis, nuevos protagonistas, nuevos temas y nuevas fuentes, todos los elementos que Peter Burke ha catalogado como propios de la Nueva Historia⁹⁰.

La incapacidad de establecer leyes aplicables a todos los casos, la generalidad de éstas, el resurgimiento de la narrativa a partir de la década de 1970, las nuevas fuentes, la vuelta al acontecimiento, todo ello ha producido una nueva historia militar más ligada a la literatura que a las ciencias duras; aunque claro, sin olvidar su afán de rigurosidad, y aceptando de una vez por todas que la guerra, y todo lo que ella conlleva, es un asunto de pasiones, odios, temores y virtudes, elementos que pueden ser retratados de perfecta manera por la literatura.

III. CONCLUSIÓN

De esta manera, el presente ha conllevado la presencia de un obstáculo en el camino para la historia militar: un problema ya no enfocado al establecer leyes y máximas para las guerras venideras, sino a la eterna cuestión de cómo se establece la comunicación entre el historiador y el lector, un problema del relato, pues es menester que enganche a la audiencia desde las primeras páginas, haciéndole partícipe de las humaredas de pólvora, de las valerosas cargas de caballería y de los interminables asedios.

Hasta el momento solo se ha dado un pequeño vistazo al inmenso campo que significa la historia militar, pues, como hemos dicho en un comienzo, ha sido desde los tiempos más remotos que el hombre ha sentido la necesidad de historiar aquella práctica que es inherente a su naturaleza, por lo que hacerlo en su totalidad sería emprender una cruzada que haría temblar hasta al más sabio de los eruditos. Lo que aquí hemos hecho es solo vislumbrar, a muy grandes rasgos, aquella antigua pugna propia de la historia militar

⁸⁸ RICOEUR, Paul, “Objetividad y subjetividad en la historia”, p. 14.

⁸⁹ VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, “La Transformación Contemporánea de la Hermenéutica y el Estatuto Epistemológico de la Historia”, pp. 180-181.

⁹⁰ BURKE, Peter, *¿Qué es la Historia Cultural?*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, pp. 95-96.

entre el sentimiento más literario, desbordante de pasión y temores, y su contraparte más práctica; una guerra constante que, hasta el momento, ha tenido altos y bajos. No obstante, determinar que una tendencia se ha impuesto vencedora sobre otra sería aplicar un reduccionismo que haría espantar hasta los más grandes maestros de la Historia.

Con el tiempo, y la continua práctica, la historia militar se ha adecuando a su contexto, pues, tal como lo sostienen los coroneles Christian Bolívar Romero y Rodolfo Ortega Pardo: “La historia militar es la fuente de información para que el conductor estratégico se inspire en las obras de los grandes generales o capitanes que se han inmortalizado por sus decisiones. [...] Lo que digan o hayan dicho los otros puede ayudar, pero no pasar de ahí”⁹¹.

Si en su momento de mayor gloria pudo profetizar el destino de las campañas de los grandes hombres tan solo a partir del estruendo de cañones y el batir de murallas de sus antecesores, ahora la situación es otra. Los nuevos tiempos exigen una historia militar acorde, y que sepa expresar aquellas pasiones, odios y temores que experimentaron los bárbaros cuando cayeron sobre la Ciudad Eterna, de aquel caballero emplumado en Tierra Santa, del arcabucero convertido en anónima carne de cañón, y de todos aquellos que han sido olvidados por la necia pretensión de buscar leyes, máximas y doctrinas en una práctica tan irracional y apegada al espíritu humano como lo es la guerra. Solamente la narratividad ha mostrado ser capaz de reflejar el sentimiento de aquellos, una narratividad seria y sin pretensiones absurdas para la época en que vivimos.

La prosa también ha de ser acorde, especialmente si se espera transmitir el complejo mundo de la guerra a individuos que en su vida han pisado un campo de batalla, olido la pólvora o sostenido un arma. Y es que el abandono de la efímera búsqueda de máximas también ha sido fecundo en el ámbito de la difusión, pues la práctica y lectura de la historia militar ya no se restringe a un coto de militares, sino que ha sido capaz de llegar al gran público a través de una serie de publicaciones. Tanto ha sido el éxito de ventas, que éste ha propiciado la construcción de un relato que se aleja completamente del frío lenguaje académico y científico, enfocándose de lleno en una mayor conexión con el lenguaje del presente⁹².

Una prosa hecha con inteligencia y agudeza, elocuencia y discernimiento, con belleza y atractivo, pero también veraz y con un fuerte sostén en las fuentes. De esta

⁹¹ BOLÍVAR ROMERO, Christian y ORTEGA PRADO, Rodolfo, “Historia militar y pensamiento estratégico”, en *MILITARY REVIEW*, Tomo 70, n°5, 2015, p. 67.

⁹² Jaume AURELL: “Los efectos del Giro Lingüístico en la Historiografía Reciente”, p. 14.

manera, el soldado historiador se embarca en una nueva empresa, en una que lo llevará a medir su valía tanto con la espada como con la pluma; después de todo, y citando a Jean-Louis Ska:

La verdadera historia, la que cuenta y es “maestra de vida”, es algo distinto a una recensión exacta, rigurosa, pero también aséptica y anónima, de “lo que verdaderamente pasó”. Está compuesta de risas y lágrimas, de alegrías y sufrimientos, del sudor y de la sangre de aquellos que vivieron unos momentos que se han vuelto, en el sentido literal de la palabra, “memorable”⁹³.

⁹³ Jean-Louis SKA: *Los enigmas del pasado: Historia de Israel y relato bíblico*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 2003, p. 5.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARTÍCULOS DE REVISTA

1. ARANCIBIA CLAVEL, R.: “La Importancia del Estudio de la Historia Militar para los Oficiales del Ejército”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°484, 2010 pp. 147-15.
2. AURELL, J.: “Hayden White y la naturaleza narrativa de la historia”, en *Anuario filosófico*, Vol. 39, n°87, 2006 pp. 625-648.
3. AURELL, J.: “Los efectos del Giro Lingüístico en la Historiografía Reciente”, *RILCE*, Vol. 20, n°1, 2004, pp. 1-16.
4. BERMEJO BARRERA, J. C.: “Hacer Historia, Hablar sobre Historia”, en *Revista História das Ideias. História e Literatura*, Vol. 21, 2000, pp. 7-31.
5. BOLÍVAR ROMERO, C.; ORTEGA PRADO, R.: “Historia militar y pensamiento estratégico”, en *MILITARY REVIEW*, Tomo 70, n°5, 2015, pp. 65-78.
6. BORREGUERO BELTRÁN, C.: “La Historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación”, en *Manuscrits. Revista d’Història Moderna*, n°35, 2016, pp. 145-176.
7. DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR: “Importancia de la Historia Militar”, en *Revista de Historia Militar*, n°3, 2004, p. 12.
8. ESPINO LÓPEZ, A.: “El Aprendizaje de la Guerra a Través de las Obras de los Historiadores de la Antigüedad”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, n°9, 2002, pp. 189-210.
9. ESPINO LÓPEZ, A.: “La historia militar. Entre la renovación y la tradición”, en *Manuscrits: revista d’història moderna*, n°11, 1993, pp. 215-242.
10. ESPINO LÓPEZ, A.: “La Renovación de la Historia de las Batallas”, en *Revista de Historia Militar*, Año XLV, n°91, 2001, pp. 159-174.
11. LIND, W. S.: “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *MILITARY REVIEW. Hispanoamericana. Revista profesional del Ejército de EE.UU.*, Vol. LXXXV, n°1, 2005, pp. 12-17.
12. LIND, W. S.; WILSON, G. I.; WYLY M. D.; TRAINOR B. E.: “The ‘maneuver Warfare’ Concept”, en *Marine Corps Gazette. Professional Journal of U. S. Marines*, Vol. 65, 1981.
13. PARADA, B.: “Hacia un nuevo concepto de Historia Militar”, en *Memorial del Ejército de Chile*, n°173, 1941, pp. 121-148.
14. POCZYNOK, I.: “Batallas doctrinarios. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, en *Cuadernos de Marte*, Año 2, n°3, 2012, pp. 57-90.
15. QUESADA SANZ, F.: “El Rostro de la Batalla: Nuevas Corrientes y Problemas en la Historia Militar Antigua y el Auge de la Novela Histórica de Tema Bélico”, en *HABIS*, n°47, 2016, p. 325-346.
16. RICOEUR, P.: “Objetividad y subjetividad en la historia”, en *Tarea*, n°2, 1969, pp. 7-24.

17. VÁZQUEZ GARCÍA, F.: “La Transformación Contemporánea de la Hermenéutica y el Estatuto Epistemológico de la Historia”, en *Fragmentos de Filosofía*, n°2, 1992, pp. 165-184.

LIBROS

1. ARANCIBIA CLAVEL, R.: “El Concepto de Historia Militar”, en DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR (Ed.): *Primera Jornada de Historia Militar Siglos XVII-XIX*, Santiago, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, 2004.
2. ARANCIBIA CLAVEL, R.: *Una Introducción a la Historia Militar*, Santiago, Academia de Historia Militar, 2015.
3. BARADO, F.: *Historia del Ejército Español. Armas, Uniformes, Sistemas de Combate, Instituciones, Organización del Mismo. Desde los Tiempos más Remotos hasta Nuestros Días*, Barcelona, Tomo I, Viuda é Hijos de E. Ullastres y Compañía Editores, 1989.
4. BLOCH, M.: *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2006.
5. BULNES, G.: *Guerra del Pacífico. De Antofagasta a Tarapacá*, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litográfica Universo, 1911.
6. BURKE, P.: *¿Qué es la Historia Cultural?*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006.
7. CARDOSO, C.: *Introducción al Trabajo de la Investigación Histórica. Conocimiento, Método e Historia*, Barcelona, Crítica, 2000.
8. CASANUEVA G.; SOTO, H. (Trad.): *La Epopeya de Gilgamesh*, Ciudad de México, LOM Ediciones, 2012.
9. COLLINGWOOD, R. G.: *Idea de la Historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
10. CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Editorial Labor, 1984.
11. DE CARITAT, Marie-Jean-Antoine Nicolas: *Cinco Memorias sobre la instrucción pública y otros escritos*, Madrid, Ediciones Morata, 2001.
12. ENGELS, F.: *Temas Militares. Selección de trabajos 1848-1895*, Editorial Cartago, 1974.
13. FERRO, M.: *La Gran Guerra (1914-1918)*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1985.
14. FROISSART, J.: *Crónicas*, Madrid, Ediciones Siruela, 1988.
15. FULLER, F. C.: *Batallas decisivas del Mundo Occidental y su influencia en la Historia. Vol. I, Desde los tiempos más remotos hasta la Batalla de Lepanto*, Barcelona, L. de Caralt, 1964.
16. FUSSELL, P. 2006. *La Gran Guerra y la Memoria Moderna*, Madrid, Turner Publicaciones, 2006.
17. *Haskell's Account of the Battle of Gettysburg*: American Historical Documents, 1000-1904. Paras. 126-146. Disponible en: <https://www.bartleby.com/43/3506.html> [Consultado el 12 de julio de 2018]
18. HERNÁNDEZ CARDONA, F. X.; RUBIO CAMPILLO, X.: *Breve Historia de la Guerra Antigua y Medieval*, Madrid, Nowtilus, 2010.

19. HERÓDOTO: *Los Nueve Libros de la Historia*, Puerto Rico, Biblioteca Edaf, 1989.
20. LEWIS GADDIS, J.: *Paisaje de la Historia. Cómo los Historiadores representan el pasado*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2004.
21. LIND, W. S.: *Maneuver Warfare Handbook*, Estados Unidos, Westview Special Studies in Military Affairs, 1985.
22. MAQUIAVELO, N.: *Del Arte de la Guerra*, Ciudad de México, Fontamara, 1999.
23. OMAN, C.: *On the writing of History*, Routledge Library Editions, 2016.
24. PARKER, G. (Ed.): *Historia de la Guerra*, Madrid, Akal, 2010.
25. PARKER, G.: *El Ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1695. La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*, Madrid, Alianza Editorial, 200.
26. PARKER, G.: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 2002.
27. PINTO CEBRIÁN, F.: “Ejército e Historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica”, *Tesis para optar al grado de doctor por la Universidad de Valladolid*, Universidad de Valladolid, 2011.
28. POLIBIO.: *Las Historias de Polibio de Megalópolis*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1970.
29. PROCOPIO DE CESAREA.: *Historia de las Guerras. Libros I-II. Guerra Persa*, Madrid, Editorial Gredos, 2000.
30. SKA, J.-L.: *Los enigmas del pasado: Historia de Israel y relato bíblico*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 2003.
31. STONE, L.: *El Pasado y El Presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
32. TEIXIDOR, F. (Ed.): *El Cantar de Roldán*, México, Editorial Porrúa, 2010.
33. TÓLSTOI, L.: *Guerra y Paz*, Barcelona, Editorial Planeta, 1988.
34. TUCÍDIDES.: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.
35. VON CLAUSEWITZ, C.: *De la Guerra*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.
36. WHITE, H.: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.